

## DISCURSO

PRONUNCIADO EL DIA 3 DE AGOSTO DE 1924, CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DE UN BUSTO DE JOSE CELESTINO MUTIS EN BOGOTA, POR S. E. DON JOSE MARIA DOUSSINAGUE, ENCARGADO DE NEGOCIOS DE ESPAÑA.

Excelentísimo señor, señores:

Después de la brillantísima oración del preclaro maestro monseñor Carrasquilla, nada podría yo añadir acerca de José Celestino Mutis, pues con lo que habéis oído queda dibujada insuperablemente su figura, sin que falte una sola pincelada. He de limitarme, por consiguiente (interpretando así el sentir de la Junta de Festejos, al invitarme a dirigiros la palabra en este acto) a exponeros en breves frases lo que para nosotros los españoles supone la personalidad de este sabio.

Tiene la figura de José Celestino Mutis una especialísima y honda significación. En él parece que viene a concretarse y como a tomar carne toda la labor de civilización y de cultura llevada a cabo por España durante trescientos años en territorios del que fue Nuevo Reino de Granada, labor de civilización y de cultura que es en realidad la esencia, la medula misma de la obra de España en América.

Es frecuente ver en las historias cómo sus autores se dejan deslumbrar por el brillo de las heroicas corazas y de los quiméricos yelmos, por el lucir de las espadas vibrantes de los conquistadores, sin que acierten a ver toda la pléyade de hombres humildes que tras ellos vino y que sin actos heroicos, sin dejar sus nombres escritos indeleblemente en el campo de batalla fueron trayendo en tierras de América en sus inteligencias y en sus corazones, toda la milenaria cultura del viejo mundo. Y sin embargo, las jornadas homéricas

de la conquista no fueron sino el prólogo, no hicieron sino preparar el terreno, apenas tienen importancia si se las compara con el enorme esfuerzo que había de realizarse después.

La verdadera actuación de España en América puede decirse que empezó una vez envainadas las espadas, sometidos los indígenas, pacificados los territorios, dominado en suma el último palmo de terreno del continente que se acababa de descubrir. Fue entonces cuando como por arte de magia empezaron a brotar del suelo americano las escuelas y las iglesias, templos a una del Dios de los cristianos y de la civilización de los hombres, los suntuosos palacios de los virreyes y las humildes chozas en que a la sombra de una cruz se administraba justicia en nombre del más poderoso de los reyes de la tierra, las inexpugnables fortalezas garantía de orden y de paz, y las modestas tiendecillas donde en largas horas de trabajo silencioso, comenzaron a labrar maravillosas custodias los orifices... Y aparecen las petreas calzadas, los romanos puentes, las dársenas y los legendarios galeones que traen a chorros y reparten en riego fecundo la savia de Europa por las vírgenes tierras de América. Y nacen a miles las villas y las ciudades, y se socavan las minas y se descuajan las selvas y se navegan los ríos y se llenan los campos de exóticos ganados y se elevan edificios destinados a la práctica de todas las virtudes y al estudio de todas las ciencias. Los sencillos indígenas vieron con asombro que en sus campos se sembraban las semillas de mil plantas hasta entonces desconocidas y que en sus almas vertían los hombres blancos mil ideas y sentimientos hasta entonces insospechados.

Esta fue la verdadera labor de España: gigantesca labor de trasplante de cuantos tesoros espirituales había logrado la humanidad acumular en Europa durante si-

glos y siglos de reflexión de sus pensadores y de rectitud de sus moralistas. De las treinta y dos universidades y las cuatro mil escuelas que en el siglo XVI funcionaban en España brotaba un chorro de cultura, que depositándose en las almas de estudiantillos aventureros, de severos oidores, de eclesiásticos y poetas, de soldados, de hidalgos, marineros, mercaderes y trajinantes, iba pasando día tras día a tierras de América para arraigar en ellas definitiva y eternamente.

Este enorme esfuerzo que se prolongó durante trescientos años, culmina en tierras del Nuevo Reino de Granada con la venida del sabio gaditano José Celestino Mutis. Sus sobresalientes cualidades de inteligencia y virtud, su vida toda dedicada al estudio y a la meditación, hacen de él el tipo representativo, la encarnación genuina de aquella inmensa labor de cultura realizada por España en este país. Esta frente de bronce, a la que el escultor ha sabido dar la expresión concentrada y meditada del verdadero sabio, parece encerrar bajo su bóveda todas las riquezas espirituales que tan pródigamente difundió España sobre los vastos territorios del Nuevo Mundo.

Por esta razón es Mutis, ante todo, una legítima gloria de España.

Pero la interesante figura de este sabio tiene además otro aspecto no menos digno de atención.

De todas las naciones americanas, es Colombia, sin duda alguna, la que mejor ha sabido asimilarse el esfuerzo cultural realizado por España, y en ella aquellas semillas de todas las actividades del espíritu que un día vinieron a bordo de los galeones españoles, han arraigado más firmemente que en ninguna otra. Si España supo heredar mejor que cualquier nación europea el amor a las artes y a las altas especulaciones de la filosofía que dio carácter al alma de la antigua Grecia,

si supo hacer suyo el austero espíritu de justicia de los romanos de modo insuperable, también Colombia al separarse de la Madre Patria, recogió las más preciadas joyas de la herencia hispánica, apropiándose los tesoros valiosísimos de la ilustración y el genio y los caudales imponderables de las más puras virtudes.

En esta ciudad lejana y recogida, levantada como un relicario en el altar de los Andes, parece que los hombres hubieran venido a buscar un remanso de quietud en donde, alejados del estrépito de las máquinas, de las materiales codicias y del bárbaro encono de las guerras, pudieran dedicar sus vidas calladas a la meditación fecunda, a afinar incesantemente sus inteligencias, a elevar y purificar sus corazones.

Salvo las luchas civiles, que no son sino prueba de un insaciable anhelo de mejora, apenas hay en la historia de Colombia, después de su independencia, páginas de guerra y nombres de soldados de fortuna. En cambio, ved cuán nutrida es la lista de sus poetas, de sus ensayistas, de sus gramáticos, de cuantos en suma dedicaron sus horas al estudio.

Toda la significación de Colombia en la historia viene subrayada por este carácter suyo tan amante de la legalidad, tan apegado a las labores de la inteligencia, tan concentrado en las hondas preocupaciones espirituales. Esto es lo que le distingue y le hace destacarse en la gran familia de las naciones; esto es lo que le da personalidad y viene a esculpir los rasgos inconfundibles de su fisonomía moral.

Pues bien: si buscamos en la historia de este país un hombre en quien se reúnan todas las características del alma colombiana y que venga a ser como el símbolo y la representación de estas altísimas cualidades, habremos de dar necesariamente con José Celestino Mutis. En este sacerdote sabio vemos engarzarse los

claros diamantes de la sabiduría en el oro reluciente de la virtud, en la misma alianza feliz que constituye el fondo del espíritu en Colombia. Y si advertimos cómo en éste se asocia el culto de las viejas tradiciones y de las costumbres ancestrales con las tendencias más progresivas y modernas, nos daremos cuenta de hasta qué punto simboliza esta casualidad aquel hombre que encarnando de modo perfecto la tradición española fue el maestro más autorizado de la generación de titanes que empapada en las más avanzadas ideas había de llevar a cabo la magna empresa de la emancipación.

Hé aquí por qué José Celestino Mutis es una gloria genuina e indiscutible de Colombia.

España lo considera como suyo, no ya por su nacimiento, sino porque encarna su inmensa labor cultural y su gigantesco esfuerzo por difundir la civilización; y Colombia le ensalza como a hijo predilecto, no ya por lo que él realizó en estas tierras, sino porque de modo perfecto representa cuanto hay de más puro y de más noble en el alma nacional.

Esto es, expuesto brevemente, lo que a mi entender da una significación especialísima a la figura de José Celestino Mutis. El es una gloria común de España y de Colombia, y este hecho tiene una evidente trascendencia, puesto que nos viene a recordar que un mismo espíritu anima y vivifica a nuestras dos naciones, que un mismo afecto nos hace palpar al recuerdo de una misma tradición, que los mismos hombres, los mismos sucesos y las mismas ideas han escrito vuestra historia y nuestra historia. La muda elocuencia de este bronce os está hablando de todo lo que nos une a españoles y colombianos, de tantos y tantos esfuerzos como hicimos juntos en lejanos días, de las alegrías y tristezas que como hermanos compartimos, de los hombres magníficos que fueron a un tiempo abuelos vués-

tros y nuestros, de que una misma sangre corre por nuestras venas y unas mismas ideas brotan de nuestros cerebros y un mismo idioma fluye de nuestros labios.

Pero sobre todo nos dice que en vuestras almas y en las nuestras llevamos el precioso depósito de una misma cultura que tenemos la obligación de transmitir a nuestros descendientes de igual manera que él supo recibirla de sus antepasados y dejárnosla en herencia mejorada y acrecentada. El nos está haciendõ ver que nuestro deber es dedicarnos a perfeccionar y difundir esa cultura nuestra, esta vieja cultura hispánica, porque los pueblos no se engrandecen con la servil imitación de lo que les es extraño, sino con la valorización y mejoramiento de lo propio. El nos está demostrando con lógica irrefutable que puesto que tenemos que defender una misma cultura y hacerla triunfar sobre las modernas corrientes materialistas a las cuales es muy superior con la inmensa superioridad de los valores del espíritu sobre las materiales conveniencias, es nuestro deber elemental unirnos para esta defensa y aliarnos para conseguir este triunfo, que tanto nos importa.

Estas consideraciones señalan en mi opinión el valor subidísimo del acto que hoy realiza Colombia al honrar a uno de sus hombres más meritorios. Es un acto de afirmación rotunda de nuestra cultura propia, un homenaje de amor a todas las actividades espirituales a que rindieron culto nuestros antepasados durante siglos y siglos, y un acto de fe en nuestra raza que sigue y seguirá fiel a la labor civilizadora que llevó a cabo en pasados días y seguirá realizando en lo futuro. Y al mismo tiempo el hecho de glorificar al sabio de vida humilde y retirada es una prueba de que aún siguen cultivándose en Colombia aquellos apacibles jardines del espíritu que en ella plantaron manos españolas; jardines en los que brotan con el riego fecundo del estudio y de la oración las más perfumadas flores de la virtud y de la sabiduría.

He dicho.